

LA ESCRIBA DE LA REINA

Nº 0 / Año 0

LA REVISTA LITERARIA DEL SIGLO XIX

SUMARIO

Carta de presentación - Relato "Coraje en Madrid" - Cuento "La mula y el buey" - Relato "El perro Paco" - Recomendación literaria Dickens

Carta de presentación

Queridos lectores de este número cero,

Tengo el gusto de presentar una nueva revista donde la literatura de nuestro siglo XIX, de su historia y de sus letras estará más que presente.

La escrita de la reina toma el nombre de todos aquellos que un día quisieron plasmar con tinta esos sueños y deseos que por su mente vagabundearan sin rumbo. Esas historias que nacen y crecen en el interior de cualquier amante de las letras, esas poesías que nos muestran la más bella naturaleza, esos relatos que nos seducen con su encanto, esos libros que abrazamos como a hermanos. Todos y cada uno tendrán aquí cabida siempre y cuando el buen lector nos brinde su apoyo, que los grandes escritores nos regalen sus letras.

Me muestro hoy vulnerable ante quien su curiosidad ha llevado de la mano hasta accerse con un ejemplar de esta humilde revista que desea con todo su corazón que se convierta en referente.

No solo de relatos estarán llenas estas páginas, sino que críticos de las más maravillosas historias jamás escritas podrán darse en esta revista cita. Ilustradores que en lienzos y cuartillas son capaces de plasmar escenas de todos los tiempos. Artesanos, libreros especializados, encontrarán aquí su lugar. Es por ello que les animo a colaborar y a remitir sin dudar sus escritos, sus obras más destacadas.

No habrá mayor recompensa que la difusión de su obra, pues no hay valor ni moneda que pague esta revista siendo, pues, ejemplar gratuito para quien lo quiera en su hogar. Sí habrá, en cambio, para quienes lo deseen impresión el coste justo de su impresión y envío por el honorable cuerpo de correos de España, Europa y el mundo entero.

Sin mayores se despide quien suscribe y les anima a leer los relatos y recomendaciones del gran Benito Pérez Galdós en una historia que acompaña a la perfección la Navidad, a la entusiasta Sandra Aza, al gato Antonio Aguilera Muñoz y a nuestra crítica literaria, Olga Luján.

Felices Fiestas y Próspero Año Nuevo
Mireia Giménez Higón

RELATO

CORAJE EN MADRID

Nació José de Salamanca un 23 de mayo en la bella Málaga. Corría el año 1811 y reinaba Fernando VII. Licenciado en derecho, fue alcalde de Monóvar (Alicante), allá donde estalló una epidemia de cólera y él se volcó tanto en ayudar a sus gentes que terminó contagiado.

Víctima de delirios y espasmos, los médicos presenciaron su declive hasta que una virulenta convulsión lo desvaneció, creyeron que había muerto y certificaron su defunción. Tras el desfile de pésames, un criado se dispuso a velar el cadáver. Transcurrió la madrugada con José inconsciente en el ataúd y el criado dormitando en un sillón cuando de pronto ambos abrieron los ojos: el muerto vivo, desconcertado y pidiendo agua, y el vivo muerto.. de miedo, horrorizado y pidiendo socorro.

Ese viaje al cielo de ida y vuelta trajo consigo otro solo de ida: el de Fernando VII. Comenzó entonces en España la regencia de su esposa María Cristina de Borbón hasta la mayoría de edad de Isabel II, una niña de tres primaveras, en aquellas calendas.

El cambio monárquico propició la entrada de José en el gobierno central y su consiguiente mudanza a Madrid, donde devendría un personaje rico y sumamente influyente.

Se consagró a la política, a las finanzas y a muchas actividades adicionales, entre ellas la reforma del teatro del Circo. Situado en la plaza del Rey, junto a la casa de las Siete Chimeneas, lo convirtió en la sala de espectáculos más distinguida de la capital. En 1876 el lugar sufrió un incendio devastador y la aventura concluyó, aunque no del todo porque aquella tierra no se hundiría en las grisáceas brumas de un puñado de cenizas. Al poco, brindó suelo a otro coliseo. Lo gobernó William Parish, un pariente de Thomas Price, fundador del Circo Price ubicado primero en el paseo de Recoletos y después trasladado a las calcinadas instalaciones del teatro del Circo. Al principio, se llamó Circo Parish y, amén de funciones circenses, también ofrecía zarzuelas y conciertos. Luego recuperó su nombre: Circo Price. Andando el tiempo, fue demolido, pero no murió del todo porque en 2007 se instaló de manera permanente en la Ronda de Atocha y desde entonces mece las nostalgias de muchos.

José de Salamanca también impulsó la construcción de la línea Madrid-Aranjuez, la segunda que hubo en la península después de la que unía Barcelona y Mataró. Aunque el objetivo oficial consistía en facilitar el transporte de los espárragos y fresas típicos de Aranjuez, los rumores aseguraban que lo que de veras se pretendía era llevar a Isabel II hasta su residencia de allí. Al efecto, la soberana cedió parte de los terrenos del Real Sitio y, en correspondencia, José avió un andén con raíles de plata que alcanzaba la mismísima puerta del palacio. No obstante, tanto se insistió en la versión alusiva al transporte de fresas que la locomotora se bautizó el tren de la Fresa. Compuesto de vagones de madera idénticos a los decimonónicos, aún hoy cubre el recorrido de su ancestro, regalándonos un auténtico viaje en el tiempo.

La línea Madrid-Aranjuez se convirtió en el primer tramo de la red que luego enlazaría la capital con Levante y Andalucía. Y eso también se lo debe Madrid a este polifacético ilustre.

Pero su mayor huella en Madrid tiene naturaleza inmobiliaria. En 1863, cuando ya era marqués de Salamanca, decidió crear un distrito aristocrático similar a los de las grandes ciudades europeas.

-Levantaré un barrio nuevo con medidas higiénicas nunca antes vistas por aquí: agua corriente, electricidad, calefacción, inodoros e incluso ascensor -fabuló, ilusionado-. Se ubicará donde termina Madrid y solo hay sembrados: allende la Puerta de Alcalá.

Desoyendo las recomendaciones de familiares y amigos, que lo consideraban un desatino, empezó a comprar parcelas. Dueño ya de un millón de metros cuadrados, asumió el monumental gasto de urbanizarlos y lo hizo aportando lo que tenía y lo que no tenía, pues, en los doce años que duró el proyecto, encontró pocos inversores y demasiados óbices.

Para acercar el flamante barrio al centro, instauró la primera línea de tranvía habida en Madrid. La componían veinte coches tirados por mulas que iniciaban ruta en la calle Serrano y la concluían en la Puerta del Sol. En un intento de afrontar los ingentes e incessantes desembolsos fue vendiendo su inmenso patrimonio: una biblioteca con incunables de valor ilimitado, una colección de pintura, mansiones, joyas...

Incluso su fastuoso palacio enclavado en el paseo de Recoletos acabó pasando al Banco Hipotecario de España y después al BBVA. De ahí que hoy sea la sede de la fundación constituida por esta entidad.

José de Salamanca murió en 1883 completamente arruinado, y ello pese a ser marqués de Salamanca, conde de los Llanos, grande de España, mecenas de innumerables iniciativas en la capital y, muy en particular, el padre del elegante barrio que lleva su nombre: el barrio de Salamanca.

Aunque todo lo tuvo y todo lo perdió, este malagueño de nacimiento y madrileño de adopción honró el carácter español: nunca se rindió. La adversidad no logró detenerlo; no lo disuadió de avanzar; lo baqueteó mil veces, pero otras tantas resistió. Incluso experimentó la soledad del féretro y encontró la fuerza para salir de él. Porque el mundo no es de los que nunca caen, sino de aquellos que, cuando tropiezan, se vuelven a levantar.

SANDRA AZA



RELATO

LA MULA Y EL BUEY

Cesó de quejarse la pobrecita, movió la cabeza, fijando los tristes ojos en las personas que rodeaban su lecho, extinguíose poco a poco su aliento, y espiró. El Ángel de la Guarda, dando un suspiro, alzó el vuelo y se fue. La infeliz madre no creía tanta desventura; pero el lindísimo rostro de Celinina se fue poniendo amarillo y diáfano como cera; enfriáronse sus miembros, y quedó rígida y dura como el cuerpo de una muñeca. Entonces llevaron fuera de la alcoba a la madre, al padre y a los más inmediatos parientes, y dos o tres amigas y las criadas se ocuparon en cumplir el último deber con la pobre niña muerta. La vistieron con riquísimo traje de batista, la falda blanca y ligera como una nube, toda llena de encajes y rizos que la asemejaban a espuma. Pusieronle los zapatos, blancos también y apenas ligeramente gastada la suela, señal de haber dado pocos pasos, y después tejieron, con sus admirables cabellos de color castaño oscuro, graciosas trenzas enlazadas con cintas azules. Buscaron flores naturales, mas no hallándolas, por ser tan impropia de ellas la estación, tejieron

una linda corona con flores de tela, escogiendo las más bonitas y las que más se parecían a verdaderas rosas frescas traídas del jardín. Un hombre antipático trajo una caja algo mayor que la de un violín, forrada de seda azul con galones de plata, y por dentro guarnecida de raso blanco. Colocaron dentro a Celinina, sosteniendo su cabeza en preciosa y blanda almohada, para que no estuviese en postura violenta, y después que la acomodaron bien en su fúnebre lecho, cruzaron sus manecitas, atándolas con una cinta, y entre ellas pusieronle un ramo de rosas blancas, tan hábilmente hechas por el artista, que parecían hijas del mismo Abril. Luego las mujeres aquellas cubrieron de vistosos paños una mesa, 3 arreglándola como un altar, y sobre ella fue colocada la caja. En breve tiempo armaron unos al modo de doceles de iglesia, con ricas cortinas blancas que se recogían gallardamente a un lado y otro; trajeron de otras piezas cantidad de santos o imágenes, que ordenadamente distribuyeron sobre el altar, como formando la corte funeraria del ángel difunto, y sin pérdida de tiempo encendieron algunas docenas de luces en los grandes candelabros de la sala, los cuales en torno a Celinina derramaban tristísimas claridades. Después de besar repetidas veces las heladas mejillas de la pobre niña, dieron por terminada su piadosa obra.

II

Allá en lo más hondo de la casa sonaban gemidos de hombres y mujeres. Era el triste lamentar de los padres, que no podían convencerse de la verdad del aforismo angelitos al cielo que los amigos administran

como calmante moral en tales trances. Los padres creían entonces que la verdadera y más propia morada de los angelitos es la tierra; y tampoco podían admitir la teoría de que es mucho más lamentable y desastrosa la muerte de los grandes que la de los pequeños. Sentían, mezclada a su dolor, la profundísima lástima que inspira la agonía de un niño, y no comprendían que ninguna pena superase a aquella que destrozaba sus entrañas. Mil recuerdos o imágenes dolorosas les herían, tomando forma de agudísimos puñales que les traspasaban el corazón. La madre oía sin cesar la encantadora media lengua de Celinina, diciendo las cosas al revés, y ha-



ciendo de las palabras de nuestro idioma graciosas caricaturas filológicas que afluián de su linda boca, como la música más que puede conmover el corazón de una madre. Nada caracteriza a un niño como su estilo, aquel genuino modo de expresarse y decirlo todo con cuatro letras, y aquella gramática prehistórica, como los primeros vagidos de la palabra en los albores de la humanidad, y su sencillo arte de declinar y conjugar, que parece la rectificación inocente de los idiomas regularizados por el uso. El vocabulario de un niño de tres años, como Celinina, constituye el verdadero tesoro literario de las familias. ¿Cómo había de olvidar la madre aquella lengüecita de trapo, que llamaba al sombrero tumeyó y al garbanzo babancho? Para colmo de aflicción, vio la buena señora por todas partes los objetos con que Celinina había alborozado sus últimos días, y como éstos eran los que preceden a Navidad, rodaban por el suelo pavos de barro con patas de alambre, un San José sin manos, un pesebre con el niño Dios, semejante a una bolita de color de rosa, un Rey Mago montado en arrogante camello sin cabeza. Lo que habían padecido aquellas pobres figuras en los últimos días, arrastrados de aquí para allí, puestas en esta o en la otra forma, sólo Dios, la mamá y el purísimo espíritu que había volado al cielo lo sabían. Estaban las rotas esculturas impregnadas, digámoslo así, del alma de Celinina, o vestidas, si se quiere, de una singular claridad muy triste, que era la claridad de ella. La pobre madre, al mirarlas, temblaba toda, sintiéndose herida en lo más delicado y sensible de su íntimo ser. ¡Extraña alianza de las cosas! ¡Cómo lloraban aquellos pedazos de barro! ¡Llenos parecían de una aflicción intensa, y tan doloridos que su vista sola producía tanta amargura como el espectáculo de la misma criatura moribunda, cuando miraba con suplicantes ojos a sus padres y les pedía que le quitasen aquel horrible dolor de su frente abrasada! La más triste cosa del mundo era para la madre aquel pavo con patas de alambre clavadas en tablilla de barro, y que en sus frecuentes cambios de postura había perdido el pico y el moco.

III

Pero si era afflictiva la situación de espíritu de la madre, éralo mucho más la del padre. Aquella estaba traspasada de dolor; en éste el dolor se agrava con un remordimiento agudísimo. Contaremos brevemente el peregrino caso, advirtiendo que esto quizás parecerá en extremo pueril a algunos; pero a los que tal crean les recordaremos que nada es tan ocasionado a puerilidades como un íntimo y pu-

ro dolor, de esos en que no existe mezcla alguna de intereses de la tierra, ni el desconsuelo secundario del egoísmo no satisfecho. Desde que Celinina cayó enferma, sintió el afán de las poéticas fiestas que más alegran a los niños, las fiestas de Navidad. Ya se sabe con cuánta ansia deseán la llegada de estos risueños días, y cómo les trastorna el febril anhelo de los regalitos, de los nacimientos y las esperanzas del mucho comer y del atracarse de pavo, mazapán, peladillas y turrón. Algunos se creen capaces, con la mayor ingenuidad, de embuchar en sus estómagos cuanto ostentan la Plaza Mayor y calles adyacentes. Celinina, en sus ratos de mejoría, no dejaba de la boca el tema de la Pascua, y como sus primitos, que iban a acompañarla, eran de más edad y sabían cuanto hay que saber en punto a regalos y nacimientos, se alborotaba más la fantasía de la pobre niña oyéndolos, y más se encendían sus afanes de poseer golosinas y juguetes. Delirando, cuando la metía en su horno de martirios la fiebre, no cesaba de nombrar lo que de tal modo ocupaba su espíritu, y todo era golpear tambores, tañer zambombas, cantar villancicos. En la esfera tenebrosa que rodeaba su mente no había sino pavos haciendo clau clau; pollos que gritaban pío pío; montes de turrón que llegaban al cielo formando un Guadarrama de almendras; nacimientos llenos de luces y que tenían lo menos cincuenta mil millones de figuras; ramos de dulce; árboles cargados de cuantos juguetes puede idear la más fecunda imaginación tirolesa; el estanque del Retiro lleno de sopa de almendras; besugos que miraban a las cocineras con sus ojos cuajados; naranjas que llovían del cielo, cayendo en más abundancia que las gotas de agua en día de temporal, y otros mil prodigios que no tienen número ni medida.

IV

El padre, por no tener más chicos que Celinina, no cabía en sí de inquieto y desasosegado. Sus negocios le llamaban fuera de la casa; pero muy a menudo entraba en ella para ver cómo iba la enfermita. El mal seguía su marcha con alternativas traidoras: unas veces dando esperanzas de remedio, otras quitándolas.

El buen hombre tenía presentimientos tristes. El lecho de Celinina, con la tierna persona agobiada en él por la fiebre y los dolores, no se apartaba de su imaginación. Atento a lo que pudiera contribuir a regocijar el espíritu de la niña, todas las noches, cuando regresaba a la casa, lo traía algún regalito de Pascua, variando siempre de objeto y espe-

cie; pero prescindiendo siempre de toda golosina. Trájole un día una manada de pavos, tan al vivo hechos, que no les faltaba más que graznar; otro día sacó de sus bolsillos la mitad de la Sacra Familia, y al siguiente a San José con el pesebre y portal de Belén. Después vino con unas preciosas ovejas a quien conducían gallardos pastores, y luego se hizo acompañar de unas lavanderas que lavaban, y de un choricero que vendía chorizos, y de un Rey Mago negro, al cual sucedió otro de barba blanca y corona de oro. Por traer, hasta trajo una vieja que daba azotes en cierta parte a un chico por no saber la lección. Conocedora Celinina, por lo que charlaban sus primos, de todo lo necesario a la buena composición de un nacimiento, conoció que aquella obra estaba incompleta por la falta de dos figuras muy principales, la mula y el buey. Ella no sabía lo que significaban la tal mula ni el tal buey; pero atenta a que todas las cosas fuesen perfectas, reclamó una y otra vez del solícito padre el par de animales que se había quedado en Santa Cruz. Él prometió traerlos, y en su corazón hizo propósito firmísimo de no volver sin ambas bestias; pero aquel día, que era el 23, los asuntos y quehaceres se le aumentaron de tal modo que no tuvo un punto de reposo. Además de esto, quiso el Cielo que se sacase la lotería, que tuviera noticia de haber ganado un pleito, que dos amigos cariñosos le embarazaran toda la mañana... en fin, el padre entró en la casa sin la mula, pero también sin el buey. Gran desconsuelo mostró Celinina al ver que no venían a completar su tesoro las dos únicas joyas que en él faltaban. El padre quiso al punto remediar su falta; más la nena se había agravado considerablemente durante el día; vino el médico, y como sus palabras no eran tranquilizadoras, nadie pensó en bueyes, mas tampoco en mulas.

El 24 resolvió el pobre señor no moverse de la casa. Celinina tuvo por breve rato un alivio tan patente que todos concibieron esperanzas, y lleno de alegría dijo el padre: "Voy al punto a buscar eso".

Pero como cae rápidamente un ave, herida al remontar el vuelo a lo más alto, así cayó Celinina en las honduras de una fiebre muy intensa. Se agitaba trémula y sofocada en los brazos ardientes de la enfermedad, que la constreñía sacudiéndola para expulsar la vida. En la confusión de su delirio, y sobre el revuelto oleaje de su pensamiento, flotaba, como el único objeto salvado de un cataclismo, la idea fija del deseo que no había sido satisfecho, de aquella codiciada mula y de aquel suspirado buey, que aun proseguían en estado de esperanza.

El papá salió medio loco, corrió por las ca-

lles; pero en mitad de una de ellas se detuvo, y dijo: "¿Quién piensa ahora en figurillas de nacimiento?" Y corriendo de aquí para allí, subió escaleras, y tocó campanillas, y abrió puertas sin reposar un instante hasta que hubo juntado siete u ocho médicos, y les llevó a su casa. Era preciso salvar a Celinina.

V

Pero Dios no quiso que los siete u ocho (pues la cifra no se sabe a punto fijo) alumnos de Esculapio contraviniessen la sentencia que él había dado, y Celinina fue cayendo, cayendo más a cada hora, y llegó a estar abatida, abrasada, luchando con indescriptibles congojas, como la mariposa que ha sido golpeada y tiembla sobre el suelo con las alas rotas. Los padres se inclinaban junto a ella con afán insensato, cual si quisieran con la sola fuerza del mirar detener aquella existencia que se iba, suspender la rápida desorganización humana, y con su aliento renovar el aliento de la pobre mártir que se desvanecía en un suspiro. Sonaron en la calle tambores y zambombas y alegre chasquido de panderos. Celinina abrió los ojos, que ya parecían cerrados para siempre, miró a su padre, y con la mirada tan sólo y un grave murmullo que no parecía venir ya de lenguas de este mundo, pidió a su padre lo que éste no había querido traerle. Traspasados de dolor padre y madre quisieron engañarla, para que tuviese una alegría en aquel instante de suprema aflicción, y presentándole los pavos, le dijeron: "Mira, hija de mi alma, aquí tienes la mulita y el bueyecito." Pero Celinina, aun acabándose, tuvo suficiente claridad en su entendimiento para ver quo los pavos no eran otra cosa que pavos, y los rechazó con agraciado gesto. Después siguió con la vista fija en sus padres, y ambas manos en la cabeza señalando sus agudos dolores. Poco a poco fue extinguiéndose en ella aquel acompasado son, que es el último vibrar de la vida, y al fin todo calló, como calla la máquina del reloj que se para; y la linda Celinina fue un gracioso bulto, inerte y frío como mármol, blanco y transparente como la purificada cera que arde en los altares. ¿Se comprende ahora el remordimiento del padre? Porque Celinina tornara a la vida, hubiera él recorrido la tierra entera para recoger todos los bueyes y todas, absolutamente todas las mulas que en ella hay. La idea de no haber satisfecho aquel inocente deseo era la espada más aguda y fría que traspasaba su corazón. En vano con el raciocinio quería arrancársela; pero ¿de qué servía la razón, si era tan niño entonces co-

mo la que dormía en el ataúd, y daba más importancia a un juguete que a todas las cosas de la tierra y del cielo?

VI

En la casa se apagaron al fin los rumores de la desesperación, como si el dolor, internándose en el alma, que es su morada propia, cerrara las puertas de los sentidos para estar más solo y recrearse en sí mismo. Era Nochebuena, y si todo callaba en la triste vivienda recién visitada de la muerte, fuera, en las calles de la ciudad, y en todas las demás casas, resonaban placenteras bullangas de groseros instrumentos musicales, y vocería de chiquillos y adultos cantando la venida del Mesías. Desde la sala donde estaba la niña difunta, las piadosas mujeres que le hacían compañía oyeron espantosa algazara, que al través del pavimento del piso superior llegaba hasta ellas, conturbándolas en su pena y devoto recogimiento. Allá arriba, muchos niños chicos, congregados con mayor número de niños grandes y felices papas y alborozados tíos y tías, celebraban la Pascua, locos de alegría ante el más admirable nacimiento que era dado imaginar, y atentos al fruto de juguetes y dulces que en sus ramas llevaba un frondoso árbol con mil vistosas candilejas alumbrado. Hubo momentos en que con el grande estrépito de arriba, parecía que retemblaba el techo de la sala, y que la pobre muerta se estremecía en su caja azul, y que las luces todas oscilaban, cual si, a su manera, quisieran dar a entender también que estaban algo peneques. De las tres mujeres que velaban se retiraron dos; quedó una sola, y ésta, sintiendo en su cabeza grandísimo peso, a causa sin duda del cansancio producido por tantas vigiliadas, tocó el pecho con la barba y se durmió. Las luces siguieron oscilando y moviéndose mucho, a pesar de que no entraba aire en la habitación. Creeríase que invisibles alas se agitaban en el espacio ocupado por el altar. Los encajes del vestido de Celinina se movieron también, y las hojas de sus flores de trapo anunciaban el paso de una brisa juguetona o de manos muy suaves. Entonces Celinina abrió los ojos. Sus ojos negros llenaron la sala con una mirada viva y afanosa que echaron en derredor y de arriba abajo. Inmediatamente después, separó las manos sin que opusiera resistencia la cinta que las ataba, y cerrando ambos puños se frotó con ellos los ojos, como es costumbre en los niños al despertarse. Luego se incorporó con rápido movimiento, sin esfuerzo alguno, y mirando al techo, se echó a reír; pero su risa, sensible a la vista, no podía oírse. El único rumor que fácilmente se percibió era una bullanga de alas vivamente agitadas, cual si

todas las palomas del mundo estuvieran entrando y saliendo en la sala mortuoria y rozaran con sus plumas el techo y las paredes. Celinina se puso en pie, extendió los brazos hacia arriba, y al punto le nacieron unas alitas cortas y blancas. Batiendo con ellas el aire, levantó el vuelo y desapareció. Todo continuaba lo mismo; las luces ardiendo, derramando en copiosos chorros la blanca cera sobre las arandelas; las imágenes en el propio sitio, sin mover brazo ni pierna ni desplegar sus austeros labios; la mujer sumida plácidamente en un sueño que debía saberle a gloria; todo seguía lo mismo, menos la caja azul, que se había quedado vacía.

(Se continuará)

Benito Pérez Galdós



Daciana Bratovich Creaciones

Bienvenido visitante. ¿Buscas algo extraño? ¿Quizás alguna poción? ¿Mapas? Oh, tú buscas algo más exótico. ¿Una máquina del tiempo? ¿Grimorios? Deja que mire en mis viejas estanterías. ¿O quizás esté en ese cajón? Curiosa sin miedo, pero cuidado porque no recuerdo cuál es un Mimic podría morderte.

Artículos steampunk, góticos, roleros y demás curiosidades.
dacianabratovichcreaciones@gmail.com



RELATO: EL PERRO PACO

Entre 1881 y 1882, era habitual en Madrid encontrarte con el perro Paco. Animalito muy querido por los madrileños. Muy taurino él, aunque también gustaba de ir al teatro. Solía pasar muchos ratos en el café de Fornos, donde le colmaban de atenciones, ahora le han cambiado el nombre y se llama Starbuks, en la calle Alcalá esquina peligros.

A este café de Fornos acudían a diario entre otros muchos, Azorín, Pío Baroja o Manuel Machado a solventar aquello tan gustoso de la copita y la tertulia.

Fue el marqués de Bogaraya quien decidió ponerle nombre al perro, decidió llamarlo Francisco, Paco para los amigos.

Era Paco un perro callejero de negro pelaje y muy resuelto y como siempre frecuentaba el fornos, donde se reunía la creme de la creme, no tardó en salir en los "papeles" adquiriendo fama y querencia por todos los madrileños.

Gustaba de ir al teatro Real pero, solo cuando actuaba Julián Gayarre, ya saben, aquel que harto de cantar a las ovejas en su tierra natal, Navarra, decidió probar suerte en la capital adquiriendo una fama internacional.

También era amante de ir a los toros. Su costumbre era acudir al antiguo coso de Goya, allí ladraba animoso cuando la faena era buena pero... ¡Ay! como la faena fuera mala...

Cuando esto ocurría, si el torero en vez de hacer una buena faena, lo que hacía era una mala vergüenza, ladraba sin cesar hasta que se marchaba el torero, incluso saltaba al ruedo y entretenía al personal. Aquel día fue tan mala la faena que saltó al ruedo pero, no se dedicó a hacer cabriolas para entretener al gentío como solía hacer

sino, que no paró de ladrar al torero en sus mismas narices y morderle los tobillos. El torero era Pepe el de los Galápagos, se incomodó tanto que, le ensartó con su estoque, acabando así con su carrera de torero y con la vida del perro Paco.

En este mismo café de Fornos, pasaba mucho tiempo Pepito que, era el hijo del dueño.

Entraba y salía a placer sin otro objeto que el de pasar el rato, proveerse de víveres y salir a seguir con sus juegos. Un buen día, harto de merendar todos los días, sendos bocadillos de fiambre, le pidió al cocinero que le planchara un filete de ternera para hacerse el bocadillo. Los parroquianos que lo vieron, comenzaron a pedir de esta manera; hazme un bocadillo como el de Pepito. Tanto gustó que se volvió habitual pedirlo y al final, acabaron pidiendo así—ponme un Pepito. Y así nació en el café de Fornos allá por el 1870, el famoso bocadillo Pepito de ternera.

Antonio Aguilera Muñoz



CANCIÓN DE NAVIDAD

Por Olga Luján

Termina el año, llega la Navidad y con ella tantos deseos como ilusiones tenemos, tantas enmiendas como errores del pasado y la eterna promesa de transformar vicios en virtudes. Ideas que, por otro lado, forman parte de todas las generaciones que nos precedieron y seguramente de las que vendrán. Y qué mejor ejemplo que el cuento navideño del inglés Charles Dickens: Canción de Navidad.

Un villancico en forma de cuento de nuestros tiempos, reflejo de una sociedad victoriana contaminada por la hipocresía, la desigualdad y las convenciones sociales. En él, Dickens nos habla de los valores de la Navidad, esos que necesitan recordarnos para saber que existen. De avaricia y riqueza, de piedad y benevolencia, de soledad, de tristeza y de alegrías encontradas tras oportunidades perdidas. Y lo hace a través de Mr Scrooge, un avaro prestamista, gruñón, pesimista y siempre malhumorado. Un hombre viejo que no anciano, pues por todos es sabido que este último término solo lo utilizamos para quienes consideramos entrañables, una característica ausente en nuestro protagonista.

El cuento transcurre durante la noche previa a la Navidad donde tres espíritus le acompañan en un viaje por el pasado, presente y futuro. Diríamos que habla de un viaje imaginario, pero ¿por qué no real? Todo depende de cómo vivas tu realidad, o quizás como la sientas, o quien sabe puede ser que tan solo se trate de necesidad. Para la razón lógica será un viaje imaginario; en cambio para un alma cansada de soledad, como creo que es el caso de Mr. Scrooge, será un viaje de lo más real. Con los fantasmas recuerda la tristeza del niño que un día fue, del presente la realidad donde vive u del futuro, las consecuencias de persistir en su error.

He leído y me han leído en reiteradas ocasiones este cuento; sin embargo, en la lectura de estos días he percibido algo más. Una idea nueva se apoderó de mí mientras lo leía. ¿Serán estos tres fantasmas el destino? Sí, el destino. El que viene marcado por el nacimiento, pues ni Mr. Scrooge o cualquiera de nosotros decidimos donde está nuestra cuna o la familia con quien crecer. Pero son nuestras decisiones quien realmente forja el futuro, para bien o para mal eso solo depende nuestra actitud.

Reflexionemos sobre un párrafo del cuento:

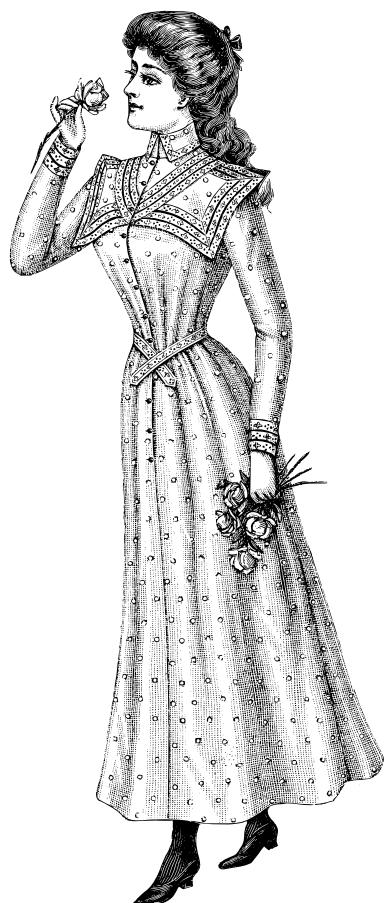
-Feliz Navidad -dice el sobrino de Scrooge.

-¿Feliz Navidad? ¿qué motivos tienes tu para ser feliz? -pregunta el tío.

-¿Qué motivos tienes tu para no serlo?

Y yo añado: lo maravilloso del ser humano es que no necesita un motivo para ser feliz, sino que solo el hombre es capaz de encontrar ese motivo.

Hoy, para terminar, os deseo no solo Feliz Navidad, también que vuestras elecciones os lleven donde siempre quisisteis estar.



Editora propietaria y Directora: www.mireiagimenez.com

Queridos lectores, ya que este primer número llega a su fin, solo me resta desear que haya sido de vuestro agrado y que, si por ventura quisierais participar con vuestras lecturas, relatos o poesías será bien recibidos por esta humilde servidora. Gracias.